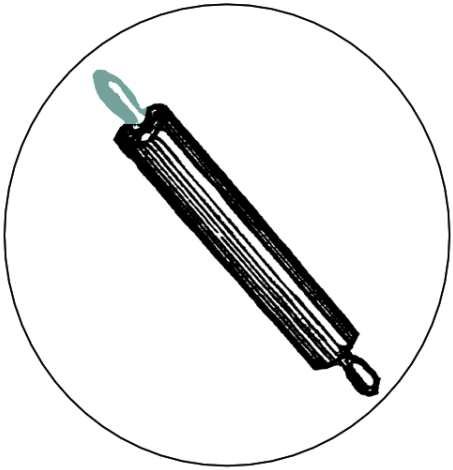
Lo fungible



Lo fungible

—

Víctor Olaya

2026

Lo fungible.
Víctor Olaya.

Copyright ©Víctor Olaya, 2026.

Lo fungible

I

Hacía tres días que mi padre había muerto. Lejos de allí, en una ciudad extraña en la que mi hermana, mi madre y yo habíamos pasado las últimas dos semanas con la esperanza de que se recuperara del accidente que acabaría con su vida. Ahora, por primera vez desde entonces, nos reuníamos en la casa familiar, ya sin él.

Me preparé un café. Al verme, mi madre sacó del armario una caja llena de rosquillas, la abrió delante de mí, y me invitó a que cogiera una.

* * *

La gran pasión de mi padre en sus últimos años fue el torno. Se pasaba horas mirando vídeos, buscaba técnicas nuevas, tenía siempre en la cabeza ideas que luego ponía en práctica. Acudía a encuentros con otros torneros, acumulaba maderas de toda clase minuciosamente etiquetadas.

Inundó su casa con una infinidad de piezas, y lo mismo hizo con la mía y la de mi hermana. Mi salón quedó convertido en una exposición de sus pequeñas obras de arte, deslucidas sin embargo por el número excesivo de ellas y lo abigarrado de la muestra.

Meticuloso como era, numeraba cada una de sus creaciones y en una libreta anotaba sus características: la fecha, el tipo de madera, una descripción sucinta. Algo así como lo que uno pondría en la cartela de un cuadro. Más aún, anotaba de esa manera no solo las piezas ya terminadas, muchas de ellas ahora lejos de su taller, sino también las que tenía en mente fabricar. Un puñado de estas, las últimas en esa lista, no llegaron a existir más que en palabra, en esa suerte de bocetos esperanzados.

El de las figuras torneadas por mi padre es uno de los recuerdos más evidentes que hoy tenemos. Están presentes en nuestro día a día, son parte de nuestro paisaje hogareño. Nos recuerdan a él, porque nadie más en la familia aprendió a utilizar el torno ni tuvo interés en ello. Tienen su identidad, le representan, son simbólicas. Algunas de ellas se han resquebrajado por la falta de humedad, pero son elementos perdurables, inertes. No requieren cuidado, sobreviven.

* * *

En otros cuadernos, notas parecidas a esas en las que clasificaba sus artesanías. El mismo espíritu archivístico, idéntico detalle para guardar registro de su evolución. Por ejemplo,

recetas de cocina, que no solo escribía, sino que en ocasiones iba modificando sucesivamente hasta dar con la versión que él consideraba definitiva. Y en esas hojas recogía cada iteración, el cambio en un ingrediente, una cantidad, un tiempo.

Una receta a la que aplicó con particular dedicación este método científico: la de rosquillas heredada de su abuela, que sin embargo cuando quiso ponerla en práctica por primera vez no resultó en el sabor y la consistencia que él recordaba. Así que fue trabajando en ella hasta afinarla lo suficiente como para conseguir replicar el resultado original, apuntando en cada intento todos los detalles y variando solo uno de ellos en la siguiente tentativa. Desde entonces, cada cierto tiempo, preparaba una cantidad generosa de ellas que repartía entre nosotros.

La última vez, unos pocos días antes del accidente.

* * *

Mi madre me acercó la caja de rosquillas. No era difícil adivinar lo que pensaba al hacerlo: que ya no habría más como aquellas. Probablemente recordara la imagen aún reciente de mi padre dándoles forma unos días antes. En lo que hasta entonces había sido algo banal y cotidiano, ahora veía una reliquia irrepetible. Pero no dijo nada, solo me invitó a que cogiera una.

Yo cogí una rosquilla y pensé en lo que significaba comerla. Pensé en las piezas de madera, en las fotografías que mi

padre había hecho a lo largo de su vida, en la casa misma en la que vivía, en las grabaciones donde está recogida su voz y su imagen, en los álbumes de cromos que con la ayuda de su abuelo completó en su infancia y guardaba como un tesoro. Pensé en cómo a partir de ese momento íbamos a preservar todo ello con recelo, en cómo íbamos a representar su persona ausente a través de esos objetos, en la manera en que les adjudicaríamos una suerte de inmortalidad para así creer que no era posible perder por completo a mi padre.

Y después pensé en ese otro patrimonio volátil, en esa herencia fugaz que acabábamos de recibir y no solo iba a desaparecer más pronto que tarde, sino en cuya desaparición nosotros mismos íbamos a tener un papel activo e inevitable, a veces de manera violenta. Recuerdos de él que íbamos a eliminar, a destruir, a enterrar. A digerir. Sin remordimiento, sin pena, e incluso con cierto placer.

* * *

Sabemos que la memoria no es un interlocutor fiable. Tenemos la seguridad de que los recuerdos van a perder intensidad, y por ello nuestra primera reacción ante la ausencia es intentar garantizar su nitidez apoyándolos en elementos tangibles. Entre las pertenencias ahora huérfanas, adoptamos las que consideramos más sólidas y les confiamos la responsabilidad de mantener la integridad de una imagen todavía bien definida, de una presencia, de un ideal. Nos deshacemos de los objetos en los que no vemos ni utilidad

ni pertenencia, incorporamos a nuestra vida otras tantas piezas que acomodamos como guiños sutiles, y elevamos a la categoría de vestigio sagrado un puñado escaso de ellas identificadas como esenciales. El juego es caprichoso, lleno a veces de sinsentidos y fetichismo. Pero es, en cualquier caso, un ejercicio tranquilo, con tiempo para la reflexión y el sentimiento.

No sucede así con lo que sabemos efímero. Lo fungible, lo que no solo es temporal, sino que nosotros mismos lo alteramos y somos culpables de esa temporalidad. Estamos rodeados de señales que van apagándose, de símbolos que borramos por el simple hecho de cohabitar con ellos. No los utilizamos: los consumimos. En ese proceso va desarrollándose una suerte de última escena conjunta, un epílogo póstumo de la persona que ya no está pero aún se manifiesta a través de todo ello. Y tenemos que elegir apresuradamente cómo incorporar al recuerdo el significado de esos elementos.

* * *

Una parte de nuestro contexto nos sobrevive. Cosas imperecederas que no siguen nuestro mismo ciclo de vida. Otras, sin embargo, comienzan a degradarse y desaparecer cuando nosotros lo hacemos. Y a diferencia de lo que sucede con nuestra propia persona, esa otra degradación sucede a la vista de quienes nos sobreviven o incluso con su participación directa. Se podría decir que es algo más nuestro, más esencial,

por cuanto nuestra ausencia desencadena inmediatamente su degeneración y no tienen sentido sin nosotros.

Lo fungible, lo que la vida termina consumiendo igual que nos consume a nosotros.

Podemos, ante la pérdida, evitar que desaparezcan esas reliquias de quien nos abandona, pero hacerlo conlleva momificarlas, y momificar algo vivo, dinámico, es tan triste y grotesco como momificar el cuerpo mismo.

La última tanda de rosquillas de mi padre duró poco, es posible que menos de lo habitual. Lejos de ver en ello algo doloroso, queríamos comerlas lo antes posible. Garantizar que disfrutaríamos cada una de ellas, como manera última de honrar su significado. No haberlo hecho con la celeridad suficiente habría significado ver cómo perdían su valor. Haberlas visto secarse, dejar de ser apetitosas y con el sabor y la textura que él tanto se esforzó en conseguir. Quizás enmohecerse, volverse incomibles. Eso sí habría sido doloroso.

No sé quién de entre nosotros comió la última de aquellas rosquillas. Importaba poco. Se terminaron, las saboreamos, nos dieron la felicidad para la que fueron hechas. Nos permitieron estar cerca de mi padre un poco más.

* * *

Sobre el legado de elementos fungibles que dejó mi padre se construyen una gran parte de los recuerdos que hoy guardo de él. Porque en ese tiempo finito del que se dispone para entablar relación con las huellas perecederas de un

difunto, en esa caducidad improrrogable en la que uno se ve obligado a participar, está la última oportunidad que se tiene para interaccionar con él de una manera acaso orgánica, viva. Y en ello se da forma a memorias que son más intensas, memorias creadas conscientemente, ya con la certeza de su carácter último y su importancia.

Ningún otro sabor hay guardado con tanto detalle en mi recuerdo como el de esas rosquillas de mi padre.

* * *

Mi teléfono móvil era ya viejo. Un modelo básico que aún funcionaba, pero que ya iba siendo necesario cambiar. Mi padre había comprado uno nuevo hacía poco tiempo. En el rápido inventario de bienes que hicimos unos días después de su muerte, decidí quedármelo y darle uso.

Una buena parte de su vida guardada allí. El acceso a tantas otras cosas a través de ese teléfono. Como una llave para llegar a parte de él, de su día a día ahora interrumpido. Un territorio que tampoco tenía ya ninguna relevancia para mí, porque el compromiso con la privacidad ajena seguía para mí siendo el mismo.

Me interesaba tan solo el aparato, no el contenido. No veía en él ninguna sentimentalidad. Era algo tangible que perteneció a mi padre, pero lo personal que contenía era todo intangible. Y además, como digo, demasiado privado para poder considerarlo parte de su legado. Solamente suyo, sin posibilidad de pertenecer a nadie más.

Eliminé cuanto él había puesto ahí, lo configuré a mi gusto como habría hecho con un terminal nuevo. Al cambiar su cuenta de usuario por la mía, desaparecieron sus contactos y las conversaciones con ellos. En algunas de las últimas había participado yo en su lugar. Mientras mi padre estaba en coma, habían llegado algunos mensajes a un grupo de amigos del que formaba parte. Organizaban una comida que hacían periódicamente para reunirse. Como mi padre no respondía y era el único que faltaba por confirmar su asistencia, algunos le escribieron mensajes privados fuera del grupo para confirmar que estaba bien. Me sentí obligado a contestarles, y por aquel mismo canal les hice saber que había tenido un accidente, y días más tarde que había muerto.

Adapté ese teléfono suyo a mis necesidades y en ningún momento hubo sentimentalidad en el proceso. Lo que alteraba y deshacía me parecía inerte, en absoluto parte de ese legado fungible que ahora aprendía a ver en otras partes.

Llevaba usando el móvil de mi padre alrededor de un mes. Había redactado muchos mensajes, hecho docenas de videollamadas con mi hija, consultado páginas web, utilizado aplicaciones varias, pero no había recibido ninguna llamada telefónica. No sabía cómo sonaba el teléfono de mi padre en esa circunstancia y, en una época en la que es cada vez más extraño comunicarse por vía telefónica, ni siquiera me había molestado en cambiar el tono de llamada.

Cuando llegó la primera llamada, me sorprendí al escuchar una melodía familiar. La reconocí de inmediato: era

una pieza mía que yo había grabado hacía tiempo. Mi padre usaba una de mis composiciones para hacerle saber que alguien quería hablar con él. Me emocionó, no sabía aquello. No recuerdo quién era la persona que llamaba, pero sí que no era para ningún asunto relevante, que la conversación fue breve, y que yo debí tener un tono como ausente, porque en mi cabeza daba vueltas a aquel sonido que acababa de oír en lugar de prestar atención a lo que me decía mi interlocutor.

Por supuesto, cambié el tono de llamada. No quería llevar mi propia música y escucharla cada vez que alguien me llamara. Pero sustituir aquella grabación sí tuvo un peso sentimental. Ahí sí apareció ese sentir de estar alterando un recuerdo de mi padre, borrando una huella suya. Más aún, una que representaba una muestra de su cariño, de su aprecio por mi música y el orgullo que probablemente sentía por ello.

* * *

Todavía tengo ese teléfono. Sigue funcionando bien, y yo nunca he sido caprichoso en cuanto a tecnologías. Pero tarde o temprano dejará de serme útil, quedará obsoleto, le fallará algún elemento que no pueda repararse. Aunque de manera más lenta y con mayor recorrido, no deja de ser otro de esos fungibles. Y supongo que cambiarlo por un teléfono distinto sí que tendrá un impacto emocional, sentiré que es una manera de borrar huellas, de consumir la herencia de mi padre y dejarla inservible a partir de ese punto.

* * *

Tres años después de la muerte de mi padre, comencé a interesarme por la fabricación de instrumentos musicales. Hasta entonces me había dedicado tan solo a hacer música con ellos, y a veces pensaba que quizás algún día él se decidiera a hacerme uno. Tenía las herramientas y la habilidad para trabajar la madera, y la curiosidad suficiente como para investigar y leer lo necesario antes de empezar. Pero nunca lo hizo, y yo tampoco quise pedírselo.

Empecé sin ninguna ambición. Unas pocas herramientas básicas, objetivos sencillos. Para cuando adquirí algo de soltura, me atreví a entrar en su taller, convertido por simple inacción en una especie de memorial. Preservado involuntariamente porque a nadie nos interesaba utilizar lo que allí había.

Fui sirviéndome de algunas herramientas, no muchas. Al principio con cuidado, con reverencia. Después de la labor, las devolvía a la posición exacta o las volvía a meter en su caja si es que así las había encontrado. Pero pronto empecé a descuidarme. Si había una herramienta que usaba más a menudo, la dejaba en un lugar más cercano. Recolocaba cosas aquí y allá para hacer el taller más práctico, porque mi labor no se parecía a la que en otro tiempo hacía mi padre y nuestras necesidades eran distintas. Fui conquistando la plaza sin siquiera darme cuenta de ello.

Mi trabajo era tan creativo como destructivo. Construía instrumentos, pero para ello tenía que borrar las huellas de mi padre. Cambiar de lugar las cosas y con ello eliminar las manías y costumbres que esa disposición narraba. Al limpiar las virutas y el serrín que yo había producido, llevarme también los restos inevitables de la última vez que él estuvo allí. Ajustar las herramientas de una manera distinta.

Terminé una lata de barniz en la que apenas quedaba ya nada, y que tenía anotada en un lado, con la caligrafía inconfundible de mi padre, la fecha en la que debía haberla comprado. Usé el último papel de lija de una caja. Me descubrí pensando que quizás debería reponer aquello para que todo siguiera como antes, pero al instante me pareció una idea ridícula. Había una irreversibilidad categórica en el hecho mismo de estar allí manipulando sus útiles, no cabía posibilidad de restaurar nada. Convivir con el legado de otra persona es una huida hacia delante.

En realidad he usado muy poco el taller de mi padre. Acabé tomando prestadas algunas herramientas y sigo con esta afición en mi propia casa. La mayoría de los utensilios han seguido olvidados, muertos. Yo di vida a unos pocos nada más. Pero para hacerlo tuve que separarlos de su pasado, de su participación en el trabajo que mi padre hizo con ellos en su momento, de su lugar y su manera de servir a un propósito.

Sigue siendo el taller de mi padre. Suyo, de nadie más. Que yo lo usara durante más o menos tiempo no iba a cambiar

eso nunca. Pero una parte de él ya no tiene su personalidad, sino la mía.

* * *

Habitar el mundo es disponer sus elementos a nuestra conveniencia. Con mayor o menor orden, con anarquía o método, vivir no es solo situarse, sino también situar en torno a uno mismo aquello con lo que se interacciona. Darle posición y rol a lo que nos permite existir.

He ahí un legado más fungible que ningún otro. Podemos preservar los objetos que heredamos, pero no su disposición. Cualquier contacto, cualquier uso, los llevará por el camino de nuestra propia idiosincrasia. Su lugar en el mundo pasa a ser el que dicta ahora nuestra identidad, no la de su dueño original. Podemos conservar una casa, pero toda manera de habitarla destruye la configuración de quien nos la ha dejado. Pocas cosas tan personales y tan volátiles como la simple organización del espacio.

* * *

Lo que hacemos tras una pérdida es redibujar el mundo. Aparece un vacío y lo llenamos, suturamos el corte para volver a unir lo que aún permanece. Creamos, pero también destruimos, sacrificamos. Así vamos conformando una nueva realidad que poco a poco pulimentamos, y en la que cada vez hay menos lugar para lo que perdimos. El duelo, como toda herida, solo sana correctamente si no deja cicatriz.

* * *

Mi madre y mi padre volvían del médico, una visita rutinaria. Cerca del centro de salud vieron una montaña de troncos y ramas. Había habido una tormenta unos días atrás y el ayuntamiento había podado las ramas rotas y cortado los árboles que pudieran caerse. Ahora estaban allí esperando a que alguien pasara a recogerlos.

Eran buenas maderas, algunos de aquellos árboles eran exóticos. Mi padre debió imaginarse las piezas que podría sacar de su torno a partir esas ramas, la buena materia prima que sin embargo no iba a poder usar y que probablemente acabaría tirada en algún lugar. Se sentiría frustrado. No pudo quitarse la idea de la cabeza, o eso dijo después mi madre, y al caer la noche decidió coger el coche e ir a recoger cuanto pudiera. Llevó con él una motosierra, trabajó apresurado con miedo de que alguien pudiera verle, y volvió a casa sudoroso pero feliz y con el maletero lleno de madera.

Pienso en esta historia al buscar en su colección de maderas y tomar de ella alguna que pueda servirme. Puede que haya aún unas cuantas que vengan de aquella noche. Otras tendrán detrás historias menos anecdóticas que esta, pero compartirán una ilusión similar, porque así es como mi padre recolectaba maderas allá donde iba, siempre preparado para recoger o comprar un bloque, una rama, un tablón, y todo ello con idéntica emoción. Pienso en ello cuando después hago algo con una de esas maderas, la utilizo y la saco de esa

colección. Cuando consumo esa parte de su legado fungible que nadie salvo yo parece interesado ahora en procesar. Y más aún cuando, en ese trabajo, cometo un error y el resultado es inservible, cuando echo a perder la materia prima sin obtener nada. Gastar sus maderas para hacer algo valioso es natural, parte de un uso que diría normal; malgastarlas lo encuentro inaceptable.

* * *

Ya no queda ninguno de esos vestigios vivos de mi padre. Lo fungible terminó por desaparecer, lo agotamos. O quizás quede algo, quizás no dejen nunca de aparecer experiencias nuevas alrededor de su recuerdo y su legado, experiencias que solo podemos vivir un número contado de veces y luego serán imposibles. Es solo cuestión de tiempo el descubrirlas.

2

Pero este no es un libro sobre mi padre. Es una reflexión sobre lo que aún no he heredado pero vendrá algún día, sobre la manera en que ahora veo esa parte de mí construirse a mi alrededor. Sobre el cambio que la muerte ha traído a mi forma de observar la vida. Ahora entiendo la vida de otros como un desarrollo involuntario de su propia herencia, un flujo constante de elementos que van orquestándose, mudando, y que, llegado el momento, conformarán una circunstancia personal sobre la que otros vendremos a seguir nuestro propio desarrollo. A veces encuentro belleza en ese proceso; otras, siento más vértigo que asombro.

Mi madre, por ejemplo, que no ha cultivado ninguna afición creativa ni dejará tras de sí obra ninguna, apenas nada personal y perdurable, pero que ordena y dispone todo a su alrededor con una dedicación obsesiva. La energía que dedica al cuidado de los lugares, no solo el de su propio hogar, y

la marca inconfundible que deja allá donde pasa. Todo eso resultará imposible de mantener, porque ese comportamiento hace que su alrededor sea enormemente personal, suyo, de una manera en la que otros no conseguimos poseerlo a través de nuestra forma de vivir en él. Buscar su recuerdo en esos lugares, habitarlos en busca de sus huellas, será inevitablemente ir borrando esas huellas. El duelo es una exploración destructiva.

Así que ahora, consciente de que existirá esa suerte de periodo de gracia en el que sobrevivirán sus señales antes de que el desarrollo de nuestras propias vidas se encargue de eliminarlas, me hago preguntas y anticipo una parte mínima del duelo. ¿Cuánto tiempo durará ese orden? ¿En qué punto dejará por completo de reconocerse su influencia en estos espacios?

Los escenarios del día a día, tan irrelevantes y mundanos, tienen ahora un significado distinto cuando se consideran desde esta perspectiva. Es inquietante mirar el mundo de esta manera. La potencialidad de cada gesto y cada resultado para convertirse en un sobreviviente efímero, fungible. La insignificancia de lo rutinario se revela en realidad como una antesala tras la que cualquier objeto y cualquier verdad, ahora superficiales, pueden llenarse de una profundidad inmensa.

* * *

La muerte no es una, sino una cadena de otra muertes que se suceden. La de la persona, sí, pero seguida por la muerte progresiva de otras realidades a su alrededor que quedan huérfanas y no pueden sobrevivir por sí mismas. Sostenemos un contexto, garantes de un escenario que es incapaz de existir sin nosotros, un equilibrio inestable que se viene abajo cuando dejamos de custodiarlo.

* * *

El primer duelo es como el primer amor. En ocasiones devastador, inolvidable, la marca que nos deja es la más profunda y su sombra cae sobre todo lo que llega tras él. Las más de las veces, sin embargo, se trata sobre todo de un aprendizaje. Nos introduce en un universo desconocido, nos prepara para entender mejor las futuras ocasiones en que hayamos de experimentar algo semejante.

Yo he aprendido esta manera más detallada de mirar lo que cada cual va construyendo, la anticipación como una forma distinta de salvaguarda. Recordar es un arte complejo y hay que aprender a llorar, a echar de menos, a invocar.

* * *

A mi abuelo le obsequiaron en el trabajo una lata de café en grano. Algo así como un premio por su dedicación, según entendí. Valioso entonces, un lujo en tiempos de escasez. Lo guardó sin usarlo, porque él no tomaba café, pero quizás

también por darle ese rango: el de ser un artículo de lujo que vale más la pena preservar que consumir. Mi madre guardaba la lata en la despensa, bien visible.

Descubrí la lata en la alacena de la casa del pueblo, en Asturias, a la que ella y mi padre dedicaron años de trabajo e ilusión. Es allí donde quisieron crear su hogar ideal, su obra maestra. Al lado de la lata hay otras conservas con similar aura de reliquia. Por ejemplo, un bote de atún en escabeche que hizo mi padre muchos años atrás o un tarro de mermelada también hecha por él. Ambas llevan una fecha escrita en la tapa, lo suficientemente lejana como para suponer que ya nadie se aventurará a consumir su contenido.

Le pregunté a mi madre si esa era la misma lata de café y por qué estaba ahora allí, y ella me respondió que sí, que la había llevado en uno de los últimos viajes. Pensaba que algún día ella ya no estaría, y entonces mi hermana y yo dispondríamos de su casa actual a nuestro antojo, y a saber qué haríamos con la lata y dónde la pondríamos. La llevaba a ese nuevo lugar convencida de que aquel era un lugar más seguro, más estable, por cuanto veía improbable que quisiéramos en algún futuro vender esa casa o alquilarla, o ni siquiera alterar su configuración actual.

Preocupada por la pervivencia de sus símbolos, mi madre intenta preservar sus propias señas de identidad. La decoración, el orden, la posición y categoría de todo cuanto forma su escenario cotidiano. Convertir en propiedad inalterable lo que de otra manera vendría a ser uno más de esos fungibles.

* * *

También un recuerdo es algo que se va consumiendo, que se transforma y se desintegra en ausencia de la otra persona. Pero no hablo del recuerdo de quien desaparece, sino del de todo lo que le rodea. Y en especial, del de uno mismo.

Me acordé de un día en que, de niño, estuvimos en un pueblo de la sierra de Madrid. Compartí el recuerdo con mi madre y ella me corrigió: no había sido de aquella manera que yo recordaba, sino de otra. Pequeños detalles que no habían sucedido tal y como yo los contaba, personajes inexistentes que según ella no estuvieron allí con nosotros. Me sorprendió. Yo estaba convencido de que se equivocaba, pero pensé que también podría ser mi propia memoria la que estuviera errada. Puse en duda ambas versiones.

Esa es la labor de quien ha compartido con nosotros el pasado: cuestionar la manera en que lo evocamos, enfrentar su versión a la nuestra para guiar el resultado final. Junto a esa clase de testigos, el recuerdo se va moldeando como algo comunitario, una suerte de asamblea que sanciona la imagen que guardamos de nuestra propia historia.

En ausencia de mi madre, yo habría asentado ese recuerdo sin oposición ninguna. Me instalaría en mi narrativa, cierta o falsa, objetiva o sesgada, sin que nadie viniera a ponerla en duda. Sin el concurso de alguien así, el recuerdo deja de ser un resultado científico, contrastado, para convertirse en algo dogmático.

Recordar es erosionar la memoria que hasta ese momento venía moldeada a cuatro manos, acomodarla a la visión propia sin que la perspectiva del otro pueda ya ejercer su contrapeso. Un legado más que consumimos, este sin más que mirar a nuestro pasado.

* * *

Me interesa en especial el recuerdo que no se comparte en igualdad de condiciones. El que viene únicamente de la experiencia de una de las partes. El que para uno es vivencia y para el otro un suceso conocido a partir del recuento ajeno. Porque también este se degradará y con ello perderá su pureza original, el carácter de verdad que tenía cuando nos fue legado.

Le pregunto a mi madre por su infancia, los años mucho antes de que yo naciera. Su juventud, los primeros tiempos junto a mi padre. Cómo eran mis abuelos o cómo era entonces el barrio en el que vivían, y en el que yo después viví hasta mi adolescencia. Cómo era ella, qué inquietudes tenía, qué amistades, qué momentos especiales recuerda.

Recopiló su verdad para arraigarla, para darle toda la solidez y certidumbre posible. Llegará un momento en que esta construcción comience a desmoronarse. No por efecto del tiempo, sino por mi propia mirada como fuerza inclemente que desgasta y desfigura toda imagen. Quién sabe cómo contaré esta información dentro de unos años, ya sin ella.

La veracidad del recuerdo es acaso el más doloroso de todos los fungibles.

3

Pero este no es un libro sobre mis pérdidas, pasadas o futuras. Sobre mi padre o mi madre, sobre lo que han dejado o dejarán. Sobre duelos ya consumados, o consumidos, o todavía por consumir. Este es un libro sobre mí mismo. Sobre mi herencia volátil. Sobre cómo estas mismas palabras, este libro, son en cierta manera mis propios fungibles, lo que quedará de mí para ser consumido un día. Porque el libro estará ahí siempre, podrá leerse una y otra vez, pero es probable que nadie se asome a estas páginas más que cuando yo ya no esté, y quien lo haga entonces, supongo que mi hija, solo podrá leerlas por primera vez en una ocasión, gastará la única manera que le quedará de sorprenderse al saber algo acerca de mí.

Estoy escribiendo para ella la última oportunidad que tendrá de seguir conociéndome.

* * *

La muerte trae consciencia. Nos hace conscientes de la brevedad de la vida, del carácter efímero de todo lo que somos y tenemos. Pero también, en cuanto uno reflexiona y observa con esa nueva mirada, del significado de cada acción y de la huella que esta deja. Se nos abre el abismo antes inexistente de lo incompleto, de lo que podría quedar a medio hacer si nos ausentáramos en este mismo instante. Y descubrimos que, ante esa posibilidad, nuestro quehacer diario contiene un universo de posibilidades y destinos, desde rastros que van a desaparecer casi al mismo tiempo que nosotros a señales y piezas que tomarán a los ojos de otros categoría de icono.

* * *

Es lúgubre, pero también muy edificante, el pensar en lo que habría de quedar inacabado si la vida se detuviera en este mismo momento. El significado de nuestra circunstancia actual, la importancia que tendría cada pieza. El tiempo durante el que habría de permanecer así.

En el libro que leo ahora, un marcapáginas. Señal de lo que ya recorrí y de lo que aún me falta por descubrir. El libro es lo inerte, lo que no me cuenta, solo contexto. El rectángulo de cartulina es quien contiene el misterio, la acción, la dinámica ahora detenida pero no por ello finalizada.

No seguirá ahí por siempre. Otra lectura concluirá la mía, terminará lo que yo no pude concluir. Y de no suceder, querrá decir que este será un libro ya muerto, estéril.

Hay muchas formas de dejar una huella. Todas ellas llevan en sí mismas también una manera de borrarla.

* * *

Acaso no sepamos buscar la eternidad donde debiéramos. Quien tiene ese deseo de permanecer eternamente intenta dejar su esencia en algo inmutable, perpetuo. En la longevidad indefinida del arte y la creación propia, en la solidez de una casa, en la inmortalidad de una gesta a la que poder adscribir su nombre. Pero incluso en lo más duradero es imposible persistirse, porque el vínculo entre uno mismo y su huella es siempre breve, se diluye y acaba por desaparecer. No vivimos en aquello que dejamos, sino en el convencimiento ajeno, mucho más volátil, de que algo de nosotros ha trascendido y ahora lo habita.

* * *

Lo perdurable, por definición, carece de vida. El pálpito es siempre efímero. Así que la eternidad que perseguimos se apoya en algo inerte, muerto ya, y no en otra vida de la que tomamos prestada su energía.

Quizás sea mejor aspiración prolongarse en algo algo vivo, breve, que se vaya disolviendo con la ayuda de otros. Que no sea el azar de la muerte quien nos dé fin, sino la acción intencionada de quien así decide ir soltando poco a poco las amarras del duelo.

* * *

[...]
Me moriré,
se perderá mi alma,
se perderá mi prole,
pero la casa de mi padre
seguirá
en pie.

Gabriel Aresti.

La casa sigue en pie, pero ¿es realmente ya la casa del padre?

Mi rincón favorito hoy día es esta casa de mis abuelos a la que vengo siempre que me es posible. Tengo la esperanza de poder vivir aquí algún día. Es la misma en la que pasé los veranos de mi infancia, y también muchos otros momentos de mi juventud. Cuando murió mi abuelo, mis padres se ocuparon de ella. Cuando murió mi padre, yo tomé el relevo. Cada cual a su manera, con sus gustos y querencias, acomodando el cuidado a su circunstancia. En este tiempo, se ha cambiado el exterior de los muros, se ha rehecho el tejado por completo, se han restaurado puertas y ventanas. Algunos árboles han muerto, otros nuevos se han plantado. Tiempo atrás se eliminó un seto.

En las fotografías de mi niñez, el jardín es muy distinto al de hoy, casi irreconocible. Ni siquiera es algo que pueda

llamarse jardín, solo un terreno salvaje donde hay una mesa y sillas sobre un suelo de tierra con hierbas altas. En la decoración del interior ya no queda nada de lo que había entonces.

¿Qué pensaría mi abuelo de esta casa tal y como es ahora, este barco de Teseo en el que no sobrevive apenas nada de lo que él conoció? Quizás no le gustase, quizás no se sintiera identificado con ella. ¿Diría que esta es *su* casa?

A efectos del recuerdo, incluso lo más sólido puede entenderse como algo fungible, una pieza firme y en apariencia imperecedera, pero cuya identidad vamos borrando. Alterar es eliminar, un arreglo es al mismo tiempo una destrucción, una mejora lleva consigo también una pérdida.

No importa, porque esa es la manera de hacer pervivir un pasado. Toda herencia es una materia prima para moldear el recuerdo, no un producto acabado que debemos preservar tal cual. Hay que ser inmisericorde con los legados, servirse de ellos sin remilgos, remodelarlos, maltratarlos, destruirlos si es que con ello sirven al propósito mayor de honrar el pasado.

Hay que demoler y reconstruir la casa, para que lo que siga en pie sea la memoria.

* * *

No suelo encariñarme con los objetos. Ni siquiera los instrumentos, a pesar de ser a través de ellos que hago algo tan personal como expresarme musicalmente. Vendí la guitarra

eléctrica que mis padres me regalaron, simplemente porque ya no la usaba y me disgustaba ver que era un objeto inútil. El valor sentimental que pudiera tener era inferior al descontento que me causaba el saberla desaprovechada y sin valor práctico. Sé que no lo entendieron.

Es tentador pensar en conservar mis instrumentos actuales cuando yo no esté. ¿En qué otros objetos mejor que en ellos puede quedar mi personalidad, qué otras piezas pueden representarme y recordarme con tanto acierto? Y sin embargo, intento instilar alrededor de mí la idea contraria, la de que lo más correcto es deshacerse de ellos lo antes posible, no preservarlos, sino ponerlos en manos de quien sepa darles vida. Me desagrada imaginarlos como reliquias, lejos de alguien capaz de desarrollar su valor de la manera en la que yo lo hago.

No viviré en esos instrumentos, no sirven para preservar nada de mí. Si acaso, existiré en la música que se haga con ellos mañana. En lo vivo y fugaz, no en lo estático. En lo que arranca y continúa a partir del punto en el que yo lo dejo, no en la instantánea congelada de ese último momento en que esos objetos fueron míos.

Si quiero fantasear sobre ello, me gusta imaginar que mi hija les dará un destino, buscará alguien adecuado, y que incluso quizás podrá escuchar a otra persona tocar para ella en mis instrumentos una música parecida a la que yo hago ahora.

* * *

Quizás duela pensarlo así, porque supone asumir que la muerte abre algunas puertas. Posibilidades de otear en un futuro extraño, una duermevela inquietante entre la presencia y la ausencia de otra persona, y para la que se requiere una intervención directa.

El duelo se concibe como algo pasivo, pero es en realidad un proceso dinámico al que debemos aportar nuestra propia inercia.

* * *

—Cada día te pareces más a tu padre —me dice la gente.

Más que en ningún otro lugar, lo oigo en el pueblo al que hace ahora veinte años llegaron él y mi madre. Gentes que no conocieron a mi padre en su juventud, sino solo a partir de una edad a la que yo ahora me voy aproximando. Gentes para las que ahora empiezo a ser como el recuerdo que guardan de ese amigo que perdieron.

Por la forma de decirlo, me doy cuenta de que no solo se refieren al simple parecido físico. Pasan a entenderme como una versión distinta de él, un sustituto. La encarnación de la imagen que conservan en su memoria. Me convierto en un impostor que toma su lugar y les ofrezco una manera de volver a verse frente a mi padre.

Antes, mi herencia no eran más que unos rasgos, una genética; ahora, también una responsabilidad. Hay una parte

de mi apariencia que se construye sobre esa genética común a ambos, pero otra que no es más que una colección de decisiones estéticas. Si quisiera, podría dejar de parecerme a mi padre, camuflar nuestras similitudes hasta hacer que nadie al verme evocara su memoria.

No solo recibo un legado fungible, sino que yo mismo lo soy.

4

Me alegro de que mi padre hiciera esa última tanda de rosquillas y le sobreviviera. Que tuviéramos que comerlas después, ya sin él, en encuentros familiares en los que le celebrábamos todavía al inicio de nuestro duelo. Pero sobre todo, me alegro de lo que gracias a eso vino después, de la puerta que esas rosquillas abrieron.

La posibilidad de consumir su legado sin él, de tener esa herencia fungible, fue un regalo. Como un sustrato rico, fértil, sobre el que hacer crecer su memoria en nuestro imaginario.

Hay otras recetas en los cuadernos de mi padre. Hay otros dulces y otros platos que se le daban bien y me gustaban. Ahora que escribo esto es la primera vez desde que murió que pienso en ellos.

He visto sus anotaciones sobre las rosquillas, con los ingredientes y el procedimiento exacto. Alguna vez he fantaseado

con hacerlas yo mismo siguiendo su receta, a pesar de que nunca he intentado hacer repostería ninguna. No ha sucedido todavía, pero no descarto que algún día me decida a ello. En su colección de fotografías, he buscado y encontrado una de una gran tanda de rosquillas, que probablemente nos envió a mi hermana y a mí para hacernos saber que podíamos pasar a recoger nuestra parte correspondiente. Este interés no aparece cuando se trata de esas otras recetas. Las fotografías de otros de sus platos me parecen irrelevantes; la idea de cocinar alguno de ellos me deja indiferente, incluso si lo pienso como forma de rendirle homenaje.

Las rosquillas se convirtieron en un símbolo por el simple hecho de existir más allá de él mismo. El sentimiento extraño del principio, cuando me vi comiendo aquella primera junto a mi madre y mi hermana y me pareció algo casi tétrico, se ha convertido en felicidad, en un recuerdo mucho más luminoso del que habría tenido de otra manera.

* * *

—¿Cuánto dura la eternidad? —preguntó Alicia.
—A veces, solo un segundo —respondió el conejo.

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*.

A veces, el tiempo que se tarda en comer una caja de rosquillas.